

'Pueblo del Mal Amor'

El Teatro de la Universidad Católica, en su propósito de estrenar obras de importantes autores chilenos, presenta 'Pueblo del mal amor', de Juan Radrigán. En escasos siete años, Radrigán ha escrito catorce obras que lo han situado entre los dramaturgos más destacados de nuestro teatro. Sus obras muestran la marginalidad y tratan de encontrar las causas de la injusticia que la produce. Su estilo es seco, sin concesiones, con escasa acción dramática. A veces surge una sonrisa o un pasajero toque de alegría en medio del pesar, pero su tono lo da la poesía ascética de un lenguaje que va directo al centro del dolor. Las obras de Radrigán no agradan a quienes buscan en el teatro un espectáculo ni a quienes desean huir de problemas que les parecen agobiantes.

'Pueblo del mal amor' se llamó antes 'Asuntos humanos'; en ese título, demasiado amplio, había una determinación de la actitud del autor como este tema: se trata de ver algunos asuntos humanos, como la búsqueda de un lugar para vivir, la aspiración a ser tratado con respeto, la valoración de la propia dignidad o la actitud que se debe adoptar cuando las peticiones básicas no se escuchan. Son asuntos sencillos y reales cuya sola presentación puede desencadenar polémicas.

A las dificultades inherentes al teatro de Radrigán hay que agregar aquí un voluntario desplazarse sin límites notorios entre la vida y la muerte. La narrativa da como normales los juegos con el tiempo y el espacio. Ya casi no aceptaríamos un relato lineal que vaya de un pasado a un presente en orden cronológico y con clara casualidad, pero aún nos cuesta mezclar los planos de la vida y de la muerte. Quien se atreve a hacerlo es calificado de confuso. 'Pueblo del mal amor' tiene una notoria relación con 'Pedro Páramo', de Juan Rulfo.

En ambas obras la historia se mira desde la muerte de sus personajes y sólo una de ellos está en la vida para contarla. En ambas obras, los muertos permanecen en el pueblo y desde su muerte tratan de explicarse los hechos de su vida. Ambas obras mezclan, sin anuncios previos, diferentes planos de ficción y compaginan acciones de distintos tiempos.

La historia de este pueblo erradicado que busca un lugar donde vivir es contado por un poeta, pero uno de los miembros de ese pueblo, Remigio, a quien Moisés, el conductor, le encargó escribir la historia para que pudiera quedar como testimonio y se constituyera, después, como su única realidad. Remigio, poeta, es la voz de su pueblo y debe recordar y entenderlo todo aunque le toque compartir las mismas penurias y el destino de todos.

En 'Pueblo del mal amor', Radrigán nos coloca en medio de la más crucial polémica de nuestro tiempo: frente a la existencia de derechos básicos que

no se respetan y de necesidades ineludibles que muchos hombres no pueden solucionar ¿será eficaz todavía el diálogo, la búsqueda de un cambio espiritual, la espera de una mejor disposición de quienes tienen la capacidad para resolver los problemas, o ya se han agotado esos caminos y ahora sólo queda arriesgarlo todo en un acto desesperado que podría llevar a la muerte? Aunque intentemos mirar hacia otro lado y aunque preocupaciones de otro tipo repletan nuestra capacidad de atención, ese problema está ahí, colocado en un lugar central entre las preocupaciones de nuestra sociedad. La obra afronta principalmente esa polémica, y si bien los argumentos pudieran tener fuerza en ambas posiciones, el resultado final nos hace ver que la solución desesperada sólo llevó a la muerte a todo el pueblo.

El tono épico de la obra fue acentuado con los recursos de la representación. La mayoría de los personajes son poco individualizables, actúan en conjunto, como pueblo, con la inevitable solidaridad de quienes tienen un destino común que no pueden eludir.

Para el estilo escénico y duro de 'Pueblo del mal amor', el muro real de adobes instalado en el escenario es una apropiada ambientación. La idea de esta escenografía pertenece al escultor Mario Irarrázaval y corresponde a la concepción escultórica para la cual la nobleza del material y la solidez de la obra no son recursos visuales que puedan ser simulados por la utilería escenográfica. El muro de adobes tiene la noble y simple solidez de la tierra, que es aquí, además, la verdad de la escultura y del drama.

Raúl Osorio concibió los desplazamientos del pueblo con cuidadosa composición de los movimientos. La plasticidad de los distintos cuadros acompaña toda la acción. La luz, que Ramón López hace llegar con distinta intensidad desde diferentes ángulos, se constituye en uno de los elementos de mayor relevancia en esta puesta en escena. La música de Patricio Solovera tiene las contradictorias características de ser muy extraña, con sonidos quizás orientales o de un origen ancestral, y estar, a la vez, tan naturalmente incorporada a la acción teatral que en muchos momentos llega en forma subrepticia, sin hacerse notar.

'Pueblo del mal amor' es una obra muy poco dramática. Su estructura es narrativa. Tanto la densidad de los parlamentos como los juegos de compaginación de distintos tiempos y realidades corresponden más a la novela que al drama. Su lenguaje es principalmente poético, lo que hace muy difícil la captación completa de lo que allí se propone. Pero ésta es una característica constante de las obras de Radrigán, lo que no impide que hoy se lo considere uno de los autores más interesantes de nuestro teatro.

En el tono épico dado a la puesta en escena por Raúl Osorio, los perso-

najes aparecen integrados a un pueblo que reacciona en forma conjunta. Cada uno de ellos tiene elementos distintos, pero no se acentúa su individualidad sino su integración al conjunto. No obstante, Arnaldo Berríos, como Remigio el narrador; Juan Arévalo, como Moisés, el conductor del pueblo; y Samuel Villarroel, como David, el líder joven que se cansa de esperar, tienen papeles de mayor relevancia que cumplen con acierto. La homogeneidad de la actuación es particularmente destacable en un elenco integrado por actores de tan marcada personalidad como Gabriela Medina, Rebeca Ghigliotto, Rodolfo Bravo, Patricio Strahovsky, Brisolía Herrera y Mireya Véliz.

No recomiendo 'Pueblo del mal amor' a quien busque un agradable espectáculo teatral. La obra es dura, seca, ascética; tiene una belleza adusta, a pesar de su plasticidad. Es una obra que será apreciada por quienes buscan en el arte una aproximación a nuestras verdades y una discusión sobre problemas cruciales de nuestra sociedad.

Agustín Letelier.